

Rocío Rueda

# El enigma Da Vinci



EL ÁRBOL  
DE LA LECTURA



Bianca fijó la mirada en la parte central de la pintura. Luego observó el resto de la composición. Sin duda, había hecho un buen trabajo. Llevaba meses restaurando aquella obra. El estudio que la había contratado había puesto a su disposición la tecnología más moderna. Incluso le habían permitido usar reflectografía infrarroja para rescatar, debajo de todas las capas de pintura añadidas, el verdadero trabajo de Leonardo. Con los años, la obra se había ido transformando por múltiples restauraciones que habían cubierto la composición, en vez de recuperar su belleza original. Y a eso había que sumar la lenta degradación que cada día sufría la pintura, debido a las partículas de polvo que se depositaban en las paredes, así como a la afluencia masiva de turistas que visitaban aquel

lugar. Cuando ella había iniciado su trabajo, se había encontrado con varias capas de suciedad y de cola que camuflaban la obra. En el curso de las anteriores restauraciones, los rostros habían sido alargados y los colores estaban tan oscurecidos que no podrían apreciarse detalles como el color del mantel. Con sumo cuidado, ella había eliminado una gruesa corteza de barnices y pintura con la esperanza de que su trabajo lograra recuperar la magia que el pintor imprimió a su creación.

Bianca conocía a la perfección el trabajo del florentino. Había estudiado durante años todo lo referente al genial artista y, cuanto más sabía de él, más incógnitas le surgían en torno a su figura. La restauradora lo consideraba el personaje más fascinante de la historia: pintor, arquitecto, científico, ingeniero, botánico, anatomista, escritor, escultor, filósofo, inventor y músico. Leonardo destacaba en cualquiera de las materias por las que se había interesado. Su inagotable curiosidad por todo lo que lo rodeaba le llevó a investigar a lo largo de su vida hasta convertirse no solo en el hombre más brillante de todos los tiempos, sino en el primer

personaje realmente moderno de la historia. Bianca sonrió al suponer que Leonardo no se habría sorprendido de que fuera una mujer la encargada de que su gran obra volviera a recobrar su esplendor. La propia joven reconocía que su elección como responsable del proyecto había sido una sorpresa para ella, pues aquella pintura se consideraba una de las mejores obras plásticas de todos los tiempos, no solo por su tamaño, sino por su composición, sus posibles mensajes secretos y todos los enigmas que parecían existir en torno a ella. Junto con *La Gioconda*, *La Última Cena* era la obra de Leonardo que más interés había despertado y su restauración había supuesto un gran reto.

*La Última Cena* fue un encargo del duque Ludovico Sforza, llamado *el Moro*, para el refectorio del convento de los dominicos de Santa Maria delle Grazie, en Milán. Junto al convento, el duque había mandado erigir una iglesia y realizar diversas reformas para hacer de aquel lugar el mausoleo de su linaje. Pero si este conjunto arquitectónico no cayó en el olvido fue, sin duda, por elegir a Leonardo da Vinci para decorar una de sus

estancias. Desafortunadamente, el paso del tiempo y la arriesgada invención del artista habían conseguido destruir casi por completo su creación. En vez de utilizar el fresco tradicional, Leonardo ideó la manera de emplear otra pasta para poder trabajar con mayor lentitud, pero esta particular técnica hizo que la pintura empezara a desprenderse, circunstancia que se vio agravada por la humedad de la sala. Por si fuera poco, en el siglo xvii, los monjes que vivían en el convento construyeron una puerta en la parte baja de la pared donde Leonardo había pintado su obra, para comunicar la estancia que utilizaban como comedor con las cocinas y evitar que la comida se enfriara durante el trayecto.

Bianca también sabía que, en la época de Napoleón, la sala se convirtió en caballeriza y que, durante la Segunda Guerra Mundial, estuvo a punto de recibir una bomba aliada. Todos esos acontecimientos habían deteriorado gravemente la pintura original, de la que únicamente se conservaba un 20 por ciento.

Al intentar bajar del andamio, Bianca tropezó y cayó al suelo. Por fortuna, había descendido casi

por completo y la caída no le produjo ningún daño. Aun así, la joven quedó tendida en el suelo y se llevó la mano a la cabeza. Estaba segura de que pronto tendría un buen chichón. Luego levantó la mirada y contempló la pintura. Era la primera vez que veía la obra desde aquella perspectiva.

*La Última Cena* rompía con la tradición de representar a los discípulos en el momento de la eucaristía. La pintura de Leonardo recreaba con precisión la conmoción provocada por Jesús al informar a sus discípulos de que iba a ser traicionado por uno de ellos. Los apóstoles estaban divididos en cuatro subgrupos de tres figuras. Bianca fijó sucesivamente su mirada en el rostro de cada uno de los personajes. En el extremo izquierdo, Bartolomé, Santiago el Menor y Andrés conformaban el primer grupo. El segundo estaba integrado por Judas Iscariote, con pelo y barba negros, seguido de Pedro y de Juan. Jesús, que ocupaba la posición central, no solo era ligeramente más grande que los demás, sino que todas las líneas de perspectiva apuntaban a su cabeza. A su derecha, Tomás, Santiago el Mayor y Felipe formaban el tercer grupo y, finalmente,

Mateo, Judas Tadeo y Simón el Zelote se situaban en el extremo derecho de la pintura.

Bianca conocía todas las interpretaciones de la obra publicadas en los últimos años. Una de las teorías más famosas hablaba sobre la posibilidad de que la imagen de Juan representara a una mujer, María Magdalena. Se creía, incluso, que el pintor se había retratado en la imagen de Judas Tadeo. Leonardo, que terminó *La Última Cena* con cuarenta y cinco años, habría tenido que imaginar cómo sería su rostro con el paso del tiempo. En cuanto a Simón, todo indicaba que el artista había utilizado el busto más conocido de Platón para recrear la figura del discípulo.

Bianca reparó ahora en Felipe. Su cabeza era la más alta de las trece representadas. Al igual que Juan y a diferencia del resto de los discípulos, parecía no tener barba. Sus ojos, junto con los de Cristo y los de Judas formaban una línea. Nada en la pintura parecía producto del azar. Leonardo había pensado con el mayor rigor, detalle e inteligencia cada trazo, de manera que, siglos después, la obra aún escondía misterios sin resolver.



Otro tema de controversia era la presencia de un cuchillo junto a las figuras de Pedro y Judas, pues la postura del brazo que lo sujetaba era tan extraña que hacía dudar a los expertos sobre qué discípulo lo hacía. Pero lo que realmente llamaba la atención era que Leonardo no había representado en su pintura el elemento más famoso de la Última Cena. ¿Dónde estaba el famoso cáliz del que Jesús bebió y que dio lugar a la leyenda del santo grial? ¿Por qué no aparecía sobre la mesa? ¿Acaso Leonardo decidió ocultarlo en algún lugar de la composición?

Bianca desvió la mirada hacia la cabeza de Bartolomé. Varios expertos aseguraban que, sobre ella, una sombra más oscura delimitaba la forma de una copa, pero eran meras suposiciones. Nadie, a excepción del propio Leonardo, podía saber la verdad.

Antes de levantarse fijó su mirada en Tomás. Leonardo lo había representado con el dedo índice de la mano derecha extendido hacia arriba. No era la primera vez que hacía algo así, en otro cuadro ya había retratado a san Juan Bautista en la misma

actitud. Ese signo se identificó inmediatamente con el pintor florentino. Rafael Sanzio, que en *La escuela de Atenas* inmortalizó a Leonardo en la figura de Platón, lo pintó con el dedo hacia arriba. Pero ¿por qué Leonardo habría elegido precisamente a Tomás?

Desde el suelo, Bianca continuó observando: el dedo del discípulo parecía señalar el techo de la composición. Luego, desvió la mirada hacia el nudo del mantel sobre el cual existían diferentes interpretaciones. Se creía que podía ser la firma del pintor, ya que el término *nudo* se transcribe en italiano como *vincolo*, una palabra muy parecida a Vinci, el nombre del pueblo natal de Leonardo que se convirtió en el apellido del artista. Aquel nudo siempre había llamado la atención de la joven, pero nunca antes había pensado que pudiera ser algo más que la firma del pintor. En aquel momento, la figura de Tomás hizo que Bianca cayera en cuenta de algo que se había pasado por alto. Aunque parecía una idea descabellada, su intuición le decía que podía estar en lo cierto. La chica se levantó con rapidez, dispuesta a comprobar si la pintura acababa de revelar el secreto de su creador.

## Índice

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Capítulo 1 .....  | 7   |
| Capítulo 2 .....  | 15  |
| Capítulo 3 .....  | 27  |
| Capítulo 4 .....  | 36  |
| Capítulo 5 .....  | 48  |
| Capítulo 6 .....  | 64  |
| Capítulo 7 .....  | 78  |
| Capítulo 8 .....  | 92  |
| Capítulo 9 .....  | 106 |
| Capítulo 10 ..... | 116 |
| Capítulo 11 ..... | 129 |
| Capítulo 12 ..... | 144 |
| Capítulo 13 ..... | 157 |
| Capítulo 14 ..... | 165 |
| Capítulo 15 ..... | 179 |
| Capítulo 16 ..... | 182 |
| Capítulo 17 ..... | 194 |
| Capítulo 18 ..... | 211 |
| Capítulo 19 ..... | 227 |
| Capítulo 20 ..... | 245 |
| Capítulo 21 ..... | 263 |
| Capítulo 22 ..... | 275 |

## **AUTORA**

### **Rocío Rueda Sastre**

Nació en Saldaña (Palencia), en 1978.

Trabaja como fisioterapeuta, y su pasión por la literatura la ha llevado a escribir novelas tanto para adultos como para jóvenes.

De esta autora y en esta colección también encontrarás *El escarabajo de Horus*, *El brazalete mágico*, *El secreto del César*, *Misterio en el camino* y *La boca del infierno*.